







## LOS PERPLEJOS





NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 2






CYNTHIA RIMSKY

# LOS PERPLEJOS





© Cynthia Rimsky Mitnik  
Nº 179947  
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile  
International Standard Book Number: 978-956-8681-04-3

© Derechos exclusivos reservados para esta edición  
en todo el territorio hispanoparlante:  
2009, SANGRÍA EDITORA  
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile  
sangriaeditora@gmail.com


Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos y Carlos Labbé  
Diagramó el libro Carlos Labbé  
El diseño de portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición se terminó de imprimir en mayo de 2009  
en

Impreso en Chile

Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, según las leyes 17.336 y 18.443 de 1985 de Propiedad Intelectual, sin la autorización de SANGRÍA EDITORA.





## ÍNDICE

Primera parte.....	13
Segunda parte.....	109
Tercera parte.....	125
Cuarta parte.....	187
Quinta parte.....	247
Sexta parte.....	321







*a Lucas Azul Rinsky*







*No se trata de los que han emprendido decidida y resueltamente un camino falso, sino de los errantes, de los que, por estar inseguros o inciertos del camino a emprender, se hallan fluctuantes, dudosos, perplejos, irresolutos y a quienes la prolongación de este estado llega a poner inquietos, temerosos y, finalmente, oprimidos de ánimo y dolidos de corazón, conturbados, contristados. La vida admite la transición por la perplejidad, pero no la persistencia en ella: o resolución, o suspensión.*

Jesús Pélaez, en su comentario a la *Guía de perplejos*











**PRIMERA PARTE**









Es al alba que abro los ojos. Mi hermano Daniel está sumergido en el cobertor de plumas, lo único que permanece fuera es su mano. La luminosidad de su piel hace pensar que antes de ir a la cama se lavó, pero debajo de sus uñas persisten algunos granos de arena del río Guadalquivir, donde suele escapar con sus compañeros después de salir de la Casa de Estudios. En el abandono de mi hermano menor veo lo que está privado en mi dormir, la angustiada sensación de estar destinado a ejecutar una misión a la que asistiré con retraso. El día que se avecina proyecta en la pared la sombra de la ropa de vestir que anoche dejé en el taburete. Antes de acostarme estuve leyendo la historia de la caverna de Platón. No conozco figura más misteriosa que la alegoría, sólo ella permite a un lector como yo salir de la caverna junto a Platón y descubrir que las sombras proyectadas no son la realidad, que lo real está afuera. Después de ese descubrimiento la alegoría me lleva de vuelta a la caverna donde Platón cuenta a los demás su descubrimiento. Los otros lo toman por loco y se burlan. El





filósofo es el único que podría deshacer las ataduras de su pueblo y conducirlo fuera para que verifique con sus propios ojos que la realidad no son las sombras proyectadas en la pared. Pero si los desata, aquellos ignorantes se le tirarán encima y lo matarán. ¿Seré capaz de arriesgar mi vida para mostrar a otros el camino a la verdad? Las vestiduras que anoche dejé sobre el taburete me esperan: el manto de mi abuelo, la túnica de mi padre. Todos los hombres de mi familia, hasta llegar al rey David, pertenecen a un linaje respetado porque siempre actuaron con justicia y sabiduría. ¿Alcanzaré yo esa estatura? En la pared del cuarto están dibujadas las marcas que señalan el crecimiento de Daniel y el mío; mientras las marcas de Daniel ascienden precipitadamente al cielo, las mías se detuvieron hace varios años. Escucho la dulce respiración de mi hermano, recojo los granos de arena del río que cruza mi amada ciudad. La hebra de luz que todas las mañanas entra por la rendija de la ventana se aproxima al lugar por donde asomará la cabeza el Juez, nuestro padre, para invitarme a rezar, y la duda que turbó mi corazón al despertar me abandona con una sacudida.

¿Qué hago en este lugar? Desde mi departamento en Santiago no se me ocurrió pensar qué aspecto tendría el Congreso de Filosofía Medieval en que me encuentro





extraviada en Córdoba. Antes de abordar el avión que me dejó en España junto a una mochila y algunas fotocopias, el proyecto de escritura de esta novela se me apareció como una cadena de revelaciones que comenzó en casa de unos amigos que me pidieron que alimentara a su conejo, tedio veraniego que me llevó a descubrir en una estantería del entresuelo la biografía de Maimónides, filósofo cuya obra máxima, la *Guía de los perplejos*, encontró Ortuzio el año anterior en una feria persa del cerro Achupallas y que me obsequió porque un día podría servirme. La muerte de Ortuzio y el encuentro casual de la biografía en casa de estos amigos hizo nacer en mí el deseo de saber quién era Maimónides, curiosidad que me propuse saciar llevando el libro al jardín mientras alimentaba al conejo. Al pasar junto a la piscina me encontré con que un ratón intentaba desesperadamente salir del agua. Si el asco me impedía ayudarlo, lo que podría llamar sentido humanitario, me impedía abandonarlo. Mi primer contacto con la novela que me trajo hasta aquí fue ante la presencia de un ratón que se ahogaba.

El encuentro casual con la biografía de Maimónides, el ratón en la piscina, la portadilla de la *Guía de los perplejos* con la frase manuscrita «sin valor comercial» y que se trataba sólo del tercer volumen, aparecieron ante el organizador del Congreso de Filosofía Medieval como



sucesivas incoherencias de un proyecto emprendido por una escritora que intentaba colarse en el ámbito de la historia y de la filosofía. Ahora que estoy en Córdoba comprendo que el organizador intentó decirme entre líneas que aquí difícilmente encontraría respuesta a las preguntas que no se hizo Maimónides en la Edad Media, período del cual sólo conozco lo que escuché en una disertación del ramo de Historia en el colegio. No es que el organizador menosprecie su congreso, pero le debió parecer una tarea superior a sus fuerzas sacar de la piscina a quien ignora haber caído adentro.

Aun cuando en la ciudad salió el sol, las callejuelas son tan estrechas que no alcanzan a entibiarse y los interiores que tan evocadores se atisban por fuera resultan oscuros y húmedos. Anoto en el cuaderno que debo preguntar a un académico cómo se calentaban e iluminaban las casas en el Medioevo. Tal vez si me hago la idea de que Maimónides paseó por las calles de Córdoba un día como hoy, en el año 1190, habrá valido la pena venir hasta acá, pienso, pero la única conexión que encuentro es un busto suyo en una diminuta plaza que filma la televisión italiana. La periodista entrevista a un hombre de unos cincuenta años con aire intelectual pero atlético, que viste una chaqueta escocesa con parches de cuero en los



codos y pantalón de cotelé café, como los intelectuales chilenos que en los años ochenta repartían panfletos en Citroneta y ahora cruzan las congestionadas calles en automóviles de doble tracción. La periodista ordena al académico que camine desde el fondo de la calle, se detenga ante el busto y diga a cámara que nos encontramos en la ciudad natal de Maimónides. Es evidente que el profesor no está acostumbrado a estas exigencias y lo considera una tontería. De todas formas se detiene junto a Maimónides y dice a la cámara que nos encontramos en Córdoba. La periodista no queda satisfecha. El académico le advierte que dispone de diez minutos. Acuerdan repetir la escena desde el busto, algo ocurre y es necesario repetir la escena por tercera vez. Como el tiempo se ha cumplido alcanza a decir lo que se lee en Wikipedia: *Médico, rabino y célebre teólogo judío de la Edad Media. Tuvo una enorme importancia como filósofo y religioso en el pensamiento medieval.* Cuando el profesor desaparece por una callejuela, comienzo a soñar con una calle ancha empapada por el sol. Dejo atrás la Judería, donde las biografías de Maurice-Ruben Hayoun y Abraham Joshua Heschel dicen que vivió el filósofo, y cruzo un moderno puente sobre el Guadalquivir, alcanzo un territorio deshabitado, un pliegue entre la ciudad vieja y las autopistas de la nueva, me dejo llevar por el río.

Sigo el sendero que se aleja del río y de la ciudad, subo la colina. La niebla baja tardíamente la pendiente ocultando la copa de árboles y arbustos; en un acto de ilusionismo me quita la cabeza, los hombros, los brazos. De mis dedos solamente distingo las manchas de tinta que dejaron las últimas palabras que escribí por la noche mientras me ejercitaba para el examen que debo rendir hoy. Escucho el tintineo de la campana que la cabra guía lleva al cuello. De la espesura surge el Centro de Traductores, una explanada de tierra, un corral con dos cerdos que mordisquean cáscaras de sandías, un toldo en cuyo interior alguien ronca y una tienda de chucherías atendida por un comerciante que saca cuentas. El hombre levanta la vista del papel y me mira sin parpadear. Desde el toldo asoma otro hombre con la túnica arrugada y el rostro picado de viruelas.

—¿Quieres ver la gruta? —me grita.



Al ver que no volteo, insiste:

—No tengas cuidado, no te voy a cobrar.

—Es sólo un estudiante —le informa el comerciante.

—Ah, un estudiante —repite el otro dirigiéndose al abrevadero para echar agua sobre su rostro dormido.

Por una puerta lateral se asoma un sirviente



cargando un balde. De alguna parte aparece un mendigo arrastrando sobre la tierra su pierna rígida. El sirviente arroja al suelo las sobras contenidas en el balde, el mendigo corre como le permite su pierna y se agacha a recogerlas. El comerciante y el guía lo mortifican, le dicen que sólo los animales comen sobras. Le dicen animal.

–¿Quién llama? –pregunta un empleado desde el interior del edificio.

Le explico a través de la mirilla que soy estudiante del Liceo y vengo a rendir el examen para aspirante a corrector.

–Este nos falta el respeto al convertirse en animal ante nuestros ojos –comenta el guía al comerciante, señalando al mendigo–. Hasta a los animales hay que enseñarles.

El mendigo se ha sentado en el suelo para roer los huesos. Por detrás de su espalda se acerca sigiloso el guía. Escucho el crujido de la pierna rígida, los huesos ruedan por la tierra, el comerciante y el guía se abalanzan sobre ellos en medio de los gritos destemplados del mendigo. La puerta del Centro se abre con un chasquido y el empleado me invita a entrar.

La habitación de los correctores está en la primera planta, las únicas divisiones resultan de las vigas que afirman la construcción. En cada mesón de madera

trabajan un corrector y dos ayudantes que levantan sus ojos para atender mi retraso.

–Tu examen –me explica el corrector jefe– consistirá en buscar los errores que los traductores deslizaron en las páginas. Como las posibilidades son muchas y variadas, cada uno se dedica a pesquisar una sola categoría de error.



El corrector me facilita un alto de páginas, me informa la categoría y señala un muestrario con los signos que deberé inscribir en el margen de las líneas que presenten errores.

–Por esta vez no podrás borrar, así que piensa bien antes de marcar.



Pregunto de qué libro se trata.

–Eso no debe importarte, un corrector no lee. Si lo hiciera, se dejaría influir por la materia y se despreocuparía de la forma, que es lo que debe interesarte.

Atiendo el desplazamiento de la cabeza de los ayudantes desde la página al muestrario, la pérdida de tiempo que implica. Los bordes del muestrario están saturados de signos que aspirantes anteriores ensayaron antes de llevar a la página. Memorizo los signos y dejo el muestrario a un lado. Avanzo rápido y seguro, a esa velocidad podré concluir antes de la hora, lo que me otorgará puntos. Paso a la siguiente página. Sin querer,





mis ojos se fijan en el texto; soy incapaz de cerrar los oídos al llamado de las palabras. Como el corrector me observa cada tanto, sólo puedo atender a una palabra por línea. Cuando llevo cinco líneas vuelvo atrás y lanzo un vistazo general. «Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber». ¡El texto no puede ser otro que la *Metafísica* escrita por Aristóteles! En el Liceo escuché al profesor de Lógica decir que Nasi, el gran filósofo y médico musulmán, estaba trabajando en una nueva traducción de Aristóteles a partir de una lectura distinta a la anterior de Bahir. Volteo la página. Si tuviese la facultad de leer sin los ojos. Siendo un niño, todas las tardes mi padre, Juez de la comunidad de Córdoba, me leía un pasaje de las Escrituras. Yo estaba más interesado en los objetos que había en su despacho. Cuando el Juez me reprochaba mi falta de atención, me veía obligado a confesarle que no entendía las palabras. «Entonces lee con el corazón», me decía. Seguí su consejo hasta que cumplí trece años. A partir de entonces, todas las mañanas en la Casa de Estudios y por las tardes en mi casa aprendí a leer con el entendimiento. Los maestros elogiaron mi rapidez para comprender las ideas profundas y mi capacidad de memorizar y citar, pero yo sabía que era insuficiente para recibir el conocimiento que el Juez aprendió del sabio Iakov en la prestigiosa



Academia de Mirón y que, según la tradición, un maestro puede transmitir a un solo discípulo. Impulsado por el anhelo de recibir este conocimiento, solicité la aprobación del Juez para estudiar religión por la mañana y filosofía y ciencias por la tarde. Después de cenar dedicamos una hora a leer juntos los libros sagrados. Acostumbro contar al Juez mis progresos en el Liceo musulmán, le pregunto sobre los puntos oscuros o incomprensidos y escucho con atención sus explicaciones. Nunca le hablo de los dolorosos silencios con los que la religión contesta a las preguntas que por la tarde le hacen la filosofía y la ciencia. A pesar de estas dudas, jamás me he atrevido a pensar que las Escrituras pudiesen estar equivocadas, sino que carezco de sabiduría para comprenderlas y he de doblar mis horas de estudio. En este exhaustivo camino aprendí a leer con el entendimiento pero olvidé leer con el corazón.

El corrector se ve obligado a asomarse a la ventana para urgir silencio al comerciante y al guía que se apropiaron de los huesos del mendigo para echarlos al caldo que diariamente hierven a la espera de que el empleado los arroje al piso. Aprovecho su descuido para detenerme en la segunda página del manuscrito: «Lo más científico que existe lo constituyen los principios y las causas». El mendigo comienza a lloriquear. Se me



ocurre imitar el movimiento de cabeza de los ayudantes, de esta forma, en vez de mirar el muestrario, abarco una línea completa del texto: «Sólo una ciencia, la metafísica, puede acceder a la causa primera, que es el bien. Por eso se trata de una ciencia divina». ¿Acaso Nasi está diciendo que Aristóteles no encontró contradicción entre filosofía y religión? Cuántas veces lo pensé y cuántas veces lo deseché. Ahora un autor con la fama de Aristóteles afirma que es posible conocer los primeros principios y las primeras causas de los fenómenos a través de la razón y que eso no pone en duda la fe. ¡La campana! Los ayudantes disponen las herramientas sobre el mesón.

–Después de la merienda les comunicaré el resultado –advierte el corrector.

Entrego el muestrario, la pluma, el frasco de tinta. No recuerdo haberlos ocupado. En el patio del Centro de Traductores los aspirantes desenvuelven los paños blancos que mantienen tibias sus meriendas. Me pregunto si habrá Aristóteles entrado en ellos o no escucharon su llamado. Escojo un asiento bajo la escalera que conduce a los pisos superiores, me encuentro excitado por el descubrimiento y abrumado por la imposibilidad de compartirlo. Distingo las piernas de tres hombres que bajan, reparo en el que va delante. Sólo en los ojos de los sabios extranjeros que

excepcionalmente visitan la casa del Juez he visto una transparencia como esa. El hombre que baja la escalera no puede ser otro que el filósofo Ibn Nasi.

–No sabemos lo que podría ocurrir –va diciendo Nasi–. Las nuevas autoridades se muestran vacilantes, ignoran cómo proceder, puede que no hagan nada o que a último minuto prohíban nuestro trabajo.

–En estos momentos hay dos copias de la traducción viajando en direcciones opuestas –responde el gordo.

Por la forma en que anuda su turbante debe tratarse de un comerciante acomodado. Escuché decir en el Liceo que las nuevas autoridades almorávides ven con recelo la traducción de Aristóteles emprendida por Nasi. Las antiguas autoridades nunca prohibieron la circulación de los libros de Aristóteles traducidos por su antecesor, el filósofo musulmán Bahir; acaso la versión de Nasi está en contradicción con las ideas ortodoxas de los almorávides. Aristóteles también debió huir de Atenas acusado de herejía. ¡La campana! El corrector jefe reparte los exámenes. He obtenido la calificación máxima. Significa que pesquise todos los errores. Lo hice involuntariamente, mientras leía. Únicamente puede tratarse de una señal.